
Elena Poniatowska
Hasta no verte Jesús mío

© 1969, Elena Poniatowska
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Diseño de la colección: Daniel Bolívar
Curaduría fotográfica de la Biblioteca Elena Poniatowska: Oswaldo Ruiz
Fotografía de portada: Carol Espíndola
Fotografía de contraportada: © Emmanuel Haro Poniatowski

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: junio de 2023
ISBN: 978-607-39-0069-0

Primera edición impresa en México: junio de 2023
ISBN: 978-607-39-0044-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

1

Esta es la tercera vez que regreso a la tierra, pero nunca había sufrido tanto como en esta reencarnación ya que en la anterior fui reina. Lo sé porque en una videncia que tuve me vi la cola. Estaba yo en un Salón de Belleza y había unas lunas de espejo grandotas, largas, desde el suelo hasta arriba y en una de esas lunas me vi el vestido y la cola. Alcancé a ver que se estiraba muy lejos, y allá atrás ya para terminar, en la punta, figuraba un triángulo jaspeado de tigre con manchas negras y amarillas. Toda la ropa era blanca; ajuar de novia, pero allí donde acababa el vestido estaba el pedazo de piel de tigre como la flecha en la cola del diablo. Junto a mí se asomaron al espejo Colombina y Pierrot. Colombina de un lado y Pierrot del otro, los dos de blanco y con esas lunas negras que siempre les ponen.

En la Obra Espiritual les conté mi revelación y me dijeron que toda esa ropa blanca era el hábito con el que tenía que hacerme presente a la hora del Juicio y que el Señor me había concedido contemplarme tal y como fui en alguna de las tres veces que vine a la tierra.

—Lo único que te queda de mancha es eso pinto que te vistes en la cola del vestido... Es lo único que te falta por blanquear y si no lo blanqueas, devorará tu inocencia.

Estaba con un vestido de reina, grande y con mangas anchas, lleno de guarnición. Pierrot y Colombina eran mis sirvientes pero na me acompañaban como Dios manda. Se

distraían uno con otro. Y es que las reinas siempre van solas. También les dije en el templo que había contemplado un llano muy grande con harto ganado pinto:

—Es el rebaño que el Señor te encomendó para que se lo entregues limpio.

Yo tengo mucho pendiente y no sé cuándo lo voy a juntar y quitarle las manchas, si en esta época o en la otra, cuando vuelva a evolucionar... Son un montón de cristianos enfermos del alma que tengo que curar, pero como no lo he hecho, seguimos sufriendo todos, ellos y yo. El Ojo Avizor dentro de su triángulo divino y por las antenas de sus pestañas me está viendo en todo lugar. Es el ojo todopoderoso del Creador, y si no cumplo no tendré ni porqué molestarme en pedirle a los santos el ruego por nosotros porque estaré olvidada de la mano de Dios. Por eso todo lo que yo atraviese son purificaciones. ¿Por qué vine de pobre esta vez si antes fui reina? Mi deuda debe ser muy pesada ya que Dios me quitó a mis padres desde chica y dejó que viniera a abonar mis culpas sola como lazarina. Debo haber sido muy mala; por eso el Ser Supremo me tiene en la quinta pregunta para poder irme limpiando de mi cizaña.

Para reconocer el camino espiritual necesita uno atravesar muchos precipicios, dolores y adolescencias. Así el protector que nos guía puede manifestarse a través de nuestro sufrimiento. Pero también es forzoso regresar varias veces a la tierra, según las deudas que uno tenga. En mi primera reencarnación fui de los turcos, de los húngaros, de los griegos, porque me vi con ese manto que usaba antes la Dolorosa. Traía tapada la cabeza, mi hábito era blanco y caía pesado en el suelo. Estaba yo parada en un lugar vacío, vacío. Conté doce camellos y en el número doce venía él, moreno, de ojos grandes, chinas sus pestañas,

vestido de blanco con turbante. Y me tendió la mano. Creí que su mano iba a ser morena como su rostro, pero no, era plateada. En eso hizo el ademán de subirme al camello. Sentí miedo, me di el sentón, él tuvo que soltarme y que echo a correr. Puse las manos así en cruz y debe haber tenido su efecto esa cruz porque él no me pudo alcanzar en su camello veloz. Yo seguí corriendo, pero él sacó la pistola y fui matada. Al despertar, oí su nombre: Luz de Oriente.

Al otro día fui al templo y le entregué la revelación a nuestro Padre Elías, o sea Roque Rojas, que baja a la tierra los viernes primero. A través de la envoltura de la mediunidad pasan distintos seres después de recibir la luz, las facultades le dan al pueblo la explicación de sus revelaciones. Dije que había contemplado a ese hermano de piel de plata en un camello. Me preguntó el Ser Espiritual a través de la mediunidad, ahora mi madrina Trinidad Pérez de Soto:

—¿Y no sabes quién es?

—No, no sé quién es.

—No temas, es tu hermano... Y este hermano fue tu compañero en el primer tiempo...

—¿Cómo?

—Fue tu esposo en aquel primitivo tiempo cuando veniste a la tierra. Debes reconocerlo porque es tu tercer protector, el que camina conmigo por dondequiera que vayas... Todavía no te abandona, sigue guiándote hasta el presente, por eso te lo mostró el Señor tal y como había sido en la primera época...

—Ajá...

—¿Qué, no lo quieres?

—Sí lo quiero.

—Pues es tu esposo, el que cuida de ti...

Me quedé callada, ya no le seguí escarbando pero solita estudié mi sueño y me viene al pensamiento quién fue y por qué me mató en el primer tiempo. Por eso él ahora sufre, porque no ha cumplido como mi esposo. Viene a ser como Pedro Aguilar; decía que viva no me dejaba en la tierra. Y siempre me llevaba junto a él. Por lo menos me lo avisó:

—Cuando yo la vea perdida, te mando a ti por delante y acabo contigo...

Dios no le concedió ver que lo iban a matar; por eso aquí estoy todavía. Así ese Luz de Oriente, como no me pudo llevar prefirió matarme. Le tuve miedo y ese miedo me salvó. Y eso que a mí me quitaron el miedo cuando comencé a andar en la tropa con mi papá porque con mis alaridos los entregaba. Al principio, al oír los balazos me ponía a gritar y los jefes se enojaban porque estábamos en la línea de fuego, que es cuando cazan al enemigo. Por eso luego mi papá sin que yo lo viera echó la pólvora en el agua:

—Ándale, hijita, tómate esta agüita...

Como yo tomaba agua hasta de los charcos, no me supo feo. Hasta después me dijeron que era agua de pólvora para el valor.

Luz de Oriente todavía está pagando porque me platican las hermanas que cuando entra en ellas y toma su carne, lora, llora y les dice:

—Llevo, llevo responsabilidad.

Dicen que habla muy finito, muy bonito; que me deja los saludos y que no me olvide de él; que él vela y vigila porque grandes responsabilidades tiene con el Señor que le ha confiado mi carne.

De eso me cuida todavía con toda su caravana. ¡Cuántos cientos de años habrán pasado y él todavía no me deja sin su protección! Pero a éste no nomás lo he visto en revelación, sino que está su retrato a colores en el Oratorio de Luis Moya, la Calle Ancha que se llamaba antes. Está metido en un cuadro así de grande y tiene sus ojos abiertos y negros, negros, renegridos, encarbonados. Lleva su turbante enrollado y le brilla en el centro una perla-brillante blanca; y al brillante ése le sale como un chisquetito de plumas.

El Ser Supremo nos envía a la tierra a lavar nuestras almas porque nos hizo limpios la primera vez y para poder retornar a Él tenemos que regresar como nos mandó. ¿Y cómo nos vamos a limpiar? A fuerza de dolor y de sufrimiento. Nosotros creemos que Él se equivoca, y no; los que nos equivocamos somos nosotros porque no oímos, no entendemos, no queremos reconocer el verdadero camino, porque si la mayoría de la gente llegara a reconocer el camino limpio de Dios no habría hombres abusones ni mujeres que se dejaran. En la noche, cuando estoy solita me pongo a pensar y digo: «¡Ay Señor, dame fuerzas, no te pido más que fuerzas para poder soportar las dolencias que me has entregado!». Y ahora que ya estoy vieja y tomo medicina luego me pongo a pensar: «Ni me vale la medicina porque el chiste es no tomarla y sentir verdaderamente la purificación que Él me manda».

En esta reencarnación Dios no me ha tenido como taca de plata. Aquí si la consigo me la como y si no la consigo pues no me la como y ya. Dios dijo: «Sola tienes que luchar. Tienes que sufrir para que sepas lo que es amar a Dios en tierra de indios». Aunque soy muy ignorante, yo solita con lo que se me revela voy sacando en limpio mi

vida pasada. Mentalmente me profundizo mucho, tanto que hasta me duele la cabeza como si adentro trayera este mundo tan calamitoso. ¡Uy no! ¡Si me meto a escarbar puede que ya me hubiera vuelto loca! Pero son cosas que uno tiene que averiguar porque ya las trae desde el nacimiento y si las piensa uno a su debido tiempo, se manifiestan más claras. Uno tiene muchos ojos dentro del cerebro como un atadizo de estrellas. Por eso hay que cerrar los ojos corporales, macizo, aunque venga la anochecida, aunque no sea de día, para poder ver detrás. Lo digo aunque no tengo don de lenguas, pero he atravesado muchos precipicios. Por eso me pongo a reflexionar: «Sólo Dios sabrá todo lo que he sufrido desde que mi madre murió y lo que me queda por sufrir». Tengo que seguir caminando aunque todavía me falta mucho para la hora final. Mi madrastra allá en Tehuantepec tenía un libro de adivinar los signos, toda la vida de uno estaba allí en numeritos. Ella era una persona estudiosa, instruida y sabia. Me hizo que cerrara los ojos y que apuntara con el dedo y buscó en el libro de los contenidos. Salió mi cuenta de ciento y dos años, así es que todavía está largo el camino. Para los años que tengo todavía me falta un cacho grande. No sé cuántas veces ni cómo iré a reencarnar, pero yo le pido a Dios que ya no me mande a la tierra para que pueda estar una temporada larga en el espacio, descansando; pero falta que Dios cumpla antojos y enderece jorobados. Allá sólo Él tiene apuntado lo que debo. Y no es poco, porque en esta última reencarnación he sido muy perra, pegalona y borracha. Muy de todo. No puedo decir que he sido buena. Nada puedo decir.

Tenía yo una amiga, la hermana Sebastiana que vendía jitomates; su puesto era grande pero no lo podía atender porque estaba enferma. Toda ella se deshizo; se puso así

grandota, engordó mucho, pero no creo yo que haya sido gordura sino que se hinchó; se esponjó de los pies y no podía andar. Sólo Dios sabe lo que le tenía que pagar pero ella sufría mucho. Y entonces no faltó quien le hablara de la Obra y vino al templo.

—Vengo muy cansada, muy amolada, con mi piel llena de desamparo. Les pido de favor que me curen porque en el último parto se me canceró la criatura por dentro y por poco y me muero. Ya estoy corrompida de mis entrañas; los médicos ya no creen que pueda salvarme.

—¿Y qué hay en tu corazón?

—Mucho veneno.

Al reconocer ella la Obra Espiritual, comenzaron a curarla; la operaron espiritualmente. No tuvo hijos pero se le quitó lo podrido. Estuvo yendo los días de cátedra y en una de tantas veces el Señor le concedió el desarrollo de la videncia y lo veía todo con los ojos abiertos sin sentir pica-zón; retrocedieron los siglos, se manifestaron las cosas ocultas y la hermanita Sebastiana devisó un sinnúmero de manos que apuntaban hacia ella y la cercaron:

—¡Me amenazan muchas manos!

Entonces le dijo el Señor:

—¿Y no las reconoces?

—Pues son las manos de muchas jóvenes...

—Pues has de analizar y has de estudiar lo que te pongo de manifiesto...

Entonces el Señor la miró para que reconociera que en la otra reencarnación había sido hombre y que esas manos eran de todas las mujeres que había infelizado y que ahora clamaban venganza. Durante mucho tiempo hizo mandas y penitencias en la Obra Católica y nada que se componía, y en la Obra Espiritual le dijeron que esos hijos podridos eran los de las mujeres que ella dejó abandonados en la

reencarnación pasada. Y entonces Sebastiana se arrodilló y le pidió perdón al Ser Supremo.

—Estoy conforme en seguir sufriendo pero ten piedad de mí.

Todavía hace como unos ocho años fui a la plaza y la encontré, pero estaba desconocida. Seguía manteniéndose con el puesto pero se le ocurrió criar hijos ajenos que le regalaban y le salieron malos; nunca la auxiliaron, nunca la quisieron. Así es de que uno viene a pagar un adarme y va abonando en la tierra todas las deudas que el Ser Supremo tiene escritas allá arriba. Un adarme es una cosa muy poquita. Por eso regresa uno tantas veces a la tierra. Pero esto lo comprendemos los que estamos en la Obra Espiritual, porque nos lo inculcan nuestros protectores. Yo tengo tres. El primero es el ancianito Mesmer, el segundo es Manuel Allende y al final de la curación, llega mi protector Luz de Oriente que es el más guapo de los tres. Pero yo los quiero igual a todos. Nomás que Luz de Oriente me mira con mucha hambre. Tiene hambrosía en los ojos a todas horas. Y me deja pensando. Ellos están entre los grandes, pero los tres más grandes son el Padre Eterno, el Padre Jesucristo y nuestro Enviado Elías o sea Roque Rojas en lo material, que es la Tercera Persona, el Espíritu Santo. En la Iglesia Católica dicen que es una palomita porque allí no explican nada; los padrecitos tienen su manera muy distinta de hacer las cosas y conocen la Obra Espiritual, nomás que no la quieren desarrollar porque son egoístas. No quieren que despierte el pueblo porque se les cae la papa. Ellos ganan mucho dinero en la misa, en los casamientos, en los bautizos. En la Obra Espiritual no sólo despiertan al pueblo sino que la misma congregación sostiene el Oratorio; las sacerdotisas, las mediunidades, las pedestales, las columnas ayudan, y ninguno pide limosna. No le dicen al

que viene entrando: «Te cuesta tanto y te hacemos tanto». En la Iglesia Católica: «Te hacemos tu misa, pero venga a nos tu reino». En las Honras Fúnebres nomás ponen el aparato allí, el ataúd tapado, un cajón de a mentiras, hacen un montón de figuritas y zangolotean el incensario pero no llaman a la pobre alma que está penando. Puedo dar fe porque cada día de muertos hacía el sacrificio de mandar-le decir su misa a mi pobre madre y cuando ella vino a hablar conmigo por medio de la Obra Espiritual me voy dando cuenta de que estaba ciega por completo. No me conocía. Cuando a ella le dieron la luz me dijo que hasta que me había acordado de ella. Si yo a cada rato me acordaba. Pero los curas se quedaban con los centavos de las misas y no se las decían ni a ella ni a mi papá. Y yo de taruga, pagándoles tres pesos al chaschás por cada misa que le rezaban tal vez a sus propias mamacitas.

Mi mamá ni siquiera se acordaba de que tenía hijos. Allí mismo en el Oratorio de Chimalpopoca me retrocedieron a mí a la edad pequeña y pusieron su mano espiritual sobre mi cara para que me reconociera: «Despierta de tu letargo —le dijeron— y acuérdate de que es tu hija». Echó un suspiro muy largo y dice:

—Gracias a Dios me han iluminado y me he dado cuenta que tuve un hijo.

—No nomás tuviste uno. Tuviste cinco. Allá los tienes contigo. Sólo Jesusa queda sobre la tierra.

Hasta entonces le abrieron los ojos y fueron a recoger a mis hermanos entre todas las almas muertas que andan en el espacio. Ella los comenzó a llamar por su nombre y de las filas celestes se desprendieron nomás dos. Petra y Emiliano. El mayor, Efrén, no pasó porque se cansaron de buscarlo y finalmente dijeron que había vuelto a reencarnar. Al difuntito recién nacido No supe si lo habían bautizado. Me dio

gusto ver a Emiliano porque ése fue bien bueno conmigo. Durante años me cuidó cuando anduve de borracha en las cantinas. Se materializaba, se servía de otros cerebros y me sacaba de las juergas. Se me presentaba en otro señor y me decía:

—Vámonos.

Y yo me le quedaba mirando:

—Pues vámonos, le decía yo muy dócil.

Y nos salíamos de las cantinas y caminando, caminando se me desaparecía de entre la gente y luego me quedaba parada mirando para todos lados a ver por dónde lo veía. Al pasar en lo espiritual, me dijo Emiliano:

—¿Te acuerdas de cuando te saqué del Tranvía? ¿Te acuerdas que te fui a dejar a la calle de Mesones?

Me quedé callada: «¡Ay, pobre de mi hermanito, cuánto sufrió en andarme protegiendo!». Yo era una perdida que no quería agarrar el buen camino. En cuanto a mi hermana Petra, ésa no me dijo nada en la revelación. Siempre fue chispa retardada. Si en la tierra no habló, menos en el espacio. Pero al fin pasó a tomar la luz, la poca que podía recibir. En cambio, Emiliano me sigue todavía, nomás que no lo veo. Á veces lo siento en este cuarto y a veces no. Cuando cierro los ojos le veo la cara.

Mi mamá empezó a llorar:

—Bendito sea Dios, bendito sea Dios que me llamas-te, hija, a través de tantos años. Estaba perdida de mi gente pero al fin nos encontramos.

Sus hijos en el espacio la serenaron, le dijeron que se despidiera de mí. Todavía me insistió:

—Gracias, hija, que te acordaste de mí...

Son muchos los que están en las tinieblas de oscuridad y allí se quedan soterrados hasta que una alma caritativa los llama.

No sé si la causa era la pobreza o porque así se usaba, pero el entierro de mi madre fue muy pobre. La envolvieron en un petate y vi que la tiraban así nomás y que le echaban tierra encima. Yo me arrimé junto de mi papá pero estaba platicando y tomando sus copas con todos los que lo acompañaron y no se dio cuenta cuando me aventé dentro del pozo y con mi vestido le tapé la cabeza a mi mamá para que no le cayera tierra en la cara. Nadie se fijó que yo estaba allá dentro. De pronto él se acordó y yo le contesté desde abajo, entonces pidió que ya no echaran más tierra. Yo no me quería salir. Quería que me taparan allí con mi mamá.

Cuando me sacaron yo estaba llorando, toda enterrada. Entiendo que por haber agarrado aire del camposanto se me ponen los ojos colorados y cada que hace viento me lastiman porque desde esa época tengo el aire del camposanto en los ojos,

Los vecinos hicieron una cruz de maíz y la sembraron en un cajón en el atrio de la iglesia de la Mixtequilla. Allí rezaron el novenario, los nueve días que toma el alma para cruzar el espacio. Cuando se hizo milpita y se dio muy alta, levantaron la cruz y la llevaron al camposanto donde estaba tendida. Quedó la cruz de milpa como señal en la tierra de la vida de mi mamá.

Mi mamá murió de susto o el muerto vino a buscarla, porque soñó que un par de perritos tiernitos le estaban mordiendo la pierna. Y al despertar yo oí que le dijo a mi papá.

—¡Ay, qué feo sueño soñé! ¡Que un par de perritos tiernos me mordían mi pierna y yo los retorcí y los remolí hasta que los maté y los dejé tirados en el suelo!

Mi papá contestó:

—¿Cuáles perros dejaste tirados? Ése fue un sueño.

—Sí, sí fue un sueño. Anda, levántate para que me lleves a hacer de las aguas.

Como era pueblo que no tiene uno medio en qué servirse, mis papás salieron al patio. En las tardes allí se reunían a platicar los vecinos. En la esquina de la casa de enfrente había una piedra alargada donde cabía un cuerpo acostado. Era noche de luna que todo se ve claro:

—¡Mira, Felipe, lo que hay allá enfrente!

—¿Dónde?

—Aquí encima de la losa. ¿Quién lo mataría, oye?

—¿A quién?

—Mira, ¿quién mataría a este hombre que está aquí?

—¿Cuál? ¿Cuál hombre?

—Pues a éste que está aquí tirado en la losa.

—Yo no veo nada.

—¿Cómo no ves nada si yo le estoy agarrando los pies?

—Yo no veo nada, María, pero si tú lo estás mirando, vámonos, no sea que alguien lo haiga matado y nos carguen la muerte a nosotros.

En la mañana, cuando mi papá se levantó para ir al trabajo lo primero que hizo fue ir a ver qué huellas habían quedado. Ninguna. Encontró la piedra limpia:

—Bueno, ¿y cómo vio María ese muerto allí?

Ya no se levantó mi mamá. Al otro día amaneció con

resfrío y calentura y a la semana estaba tendida. Por eso mi papá les platicó después a los vecinos:

—Saben, ella se ha de haber muerto de espanto y no del resfrío porque yo le di muchas friegas de alcohol, la curé y le di a tomar la quinina. A mí se me hace que se la llevó el muerto que ella vio en la esquina de la casa de doña Luisa.

Y allí es donde yo reconozco que la hoja del árbol jamás es movida sin la voluntad de Dios. Mi mamá vio al muerto matado porque ella tenía videncia y mi papá no. Ahora que ya estoy grande y me he entregado a la Obra Espiritual y devo el camino, creo que mi mamá tenía una misión que cumplir y veía. Aunque ella tuvo valor y le agarró los pies, era muy corta de espíritu y por eso el muerto se la llevó.

Mi mamá todavía estaba viva cuando mi papá me hizo una muñeca de ardilla. Después nunca me volvió a hacer nada. Nunca más. Se hizo el sordo o todas las cosas le pasaron como chiflonazos.

A la ardilla le quitó la carne. En la Mixtequilla se come. Se le echa sal, pimienta y ajo, y vinagre o limón, se abre el animal de patas y se mete en unas estaquitas para que con el calor se vaya dorando al fuego. La ardilla sabe retesabrosa, sabe a ardilla y es muy buena. Mi papá dejó la ardilla en el puro cuero, la abrió para estirla al sol, le echó cal y cuando estuvo seca le cosió las patitas, las manitas, con un palo la rellenó y vino y me la dio.

—¿Por qué está dura, papá?

—Por el relleno.

—Pero ¿con qué la rellenaste, con tierra?

—No, con aserrín.

—¿Y qué cosa es aserrín?

—¡Ay, Jesusa, confórmate, juega con ella!

Y ya jugaba con el animal ese; me tapaba mi rebozo y me cargaba mi muñeca aunque mis manos rebotaban de lo dura que la sentía.

Como mi papá no tenía medio de comprarme nada, mis juguetes eran unas piedras, una flecha, una honda para aventar pedradas y canicas que él mismo pulía. Buscaba mi papá una piedra que fuera gruesa, dura, una piedra azul, y con ella redondeaba y limaba otras piedritas porosas y salían las bolitas a puro talle y talle. Los trompos de palo me los sacaba de un árbol que se llama pochote y ese pochote tiene muchas chichitas. Escogía las más grandes para hacerme las pirinolas y nomás les daba yo una vuelta y ya bailaban. Y mientras giraban yo fantaseaba, pensaba no sé qué cosas que ya se me olvidaron o me ponía a cantar. Bueno, cantar cantar, no, pero sí me salían unas como tonaditas: para acompañar a las pirinolas.

Como no tenía pensamientos jugaba con la tierra, me gustaba harto tentarla, porque a los cinco años todavía vemos la tierra blanca. Nuestro Señor hizo toda su creación blanca a su imagen y semejanza, y se ha ido ennegreciendo con los años por el uso y la maldad. Por eso los niños chiquitos juegan con la tierra porque la ven muy bonita, blanca, y a medida que crecen el demonio se va apoderando de ellos, de sus pensamientos y les va transformando las cosas, ensuciándolas, cambiándoles el color, encharcándoselas.

Yo era muy hombrada y siempre me gustó jugar a la guerra, a las pedradas, a la rayuela, al trompo, a las canicas, a la lucha, a las patadas, a puras cosas de hombre, puro matar lagartijas a pedrazos, puro reventar iguanas contra las rocas.

Agujerábamos un carrizo largo y con esa cerbatana cazábamos: no me dolía matar a esos animalitos, ¿por qué?

Todos nos hemos de morir tarde o temprano. No entiendo cómo era yo de chica. Tampoco dejaba que los pajaritos empollaran sus huevos; iba y les bajaba los nidos y luego vendía huevitos, por fichas de plato, tepalcates de barro rotos, pedacitos de colores que eran los reales y los medios, las cuartillas, las pesetas y los tlacos, porque esas monedas se usaban entonces.

Luego hacía una lumbrada y tatemaba las iguanas chiquitas y ya que tronaban, con un cuchillo les raspaba la cáscara, las abría, les sacaba las tripas, les ponía dizque sal y llamaba yo a los muchachos: «¡A comer! ¡A comer! ¡Éjele! ¡Siéntense muchachos que ahorita les sirvo! ¡Éjele! Pues ¿cómo se me van a quedar con hambre? ¡No faltaba más! Pa' luego es tarde...». Ellos ¿pues cómo se iban a comer esa cochinada?

—¡Eso no se vale!

—¡Éjele! ¡Éjele!

—¡Tramposa! ¡Cochina!

—Lero, lero, tendelero...

Y me echaba a correr. Y ellos tras de mí. A nadie le gusta que lo engañen.

Luego que ya me cansaba de jugar con los muchachos me subía a los árboles y los agarraba a piedrazos. Me trepaba a las ramas a hacer averías, nomás a buscar la manera de pelear con todos. Los descalabraba, iban y le avisaban a mi mamá que yo les había quebrado la cabeza, ella me aconsejaba pero yo no estaba sosiega. Era incapaz desde chiquilla. Ahora ya todo acabó, ya no sirvo, ya no tengo el diablo.

Mi mamá no me regañó ni me pegó nunca. Era morena igual a mí, chaparrita, gorda y cuando se murió nunca volví a jugar.

A los ocho días de muerta mi mamá, mi papá se buscó otra mujer; aquella señora era muy tomadora. No me acuerdo

cómo se llamaba. Era una mujer como todas las mujeres. Eso sí quién sabe dónde la conoció mi papá, pero la tuvo mucho tiempo. La primera semana le di dos reales para que fuera a comprar el mandado. Ésta quería que le dieran el dinero a ella pero como mi papá nos dijo que era una criada para cuidarnos a Emiliano y a mí, yo me hice cargo de recibir el dinero y de que la criada me diera el vuelto. Y luego me abracé de mi papá, porque ¿por qué iba a venir otra mujer a acostarse con él? ¿Si era mi mamá la que dormía con él? Aunque yo estaba chica, ya traía la malicia dentro y a pesar de haberme criado en un pueblo pensé: «¿Por qué otra gente se va a acostar con mi padre?». ¡Va! Si en un pueblo cada quien vive en su casa, ¿cómo trae uno esa inteligencia? ¿Quién le aconseja a uno? Entonces ése es un don que viene de naciencia, ya es cosa que lleva uno adentro. Yo sería ventajosa o no sé, pero no admitía a la mujer y claro que eso le disgustaba. Yo dormía con mi papá, pero como es tierra caliente, nos tendíamos en una hamaca, y nunca dejé que se fuera a acostar con la mujer esa. Entonces ella empezó a emborracharse con lo del mandado, váyase a saber por qué.

Mi papá hacía lo que yo quería. Cuando era chiquilla, me consentía mucho pero no era cariñoso. Nosotros no supimos de cariños, de apapachos, de cosas así, no. Cuando vivía mi mamá, mi papá le decía:

—No me la andes regañando ni me le andes haciendo nada.

Por eso me hice grosera. Y cuando ellá se quejaba:

—Mira Felipe, que no se deja peinar...

—Pues yo la peino.

Y él me peinaba con mucho cuidado porque nunca me ha gustado que me agarren los cabellos. Siento muy feo que me jalen y él tenía su mano suavcita, muy suavcita, Cuando mi mamá me peinaba parecía como que me caía

lumbre. Sólo de él me dejaba peinar. Como éramos dos chiquitos, mi mamá tenía que peinar a uno, cambiar a otro, calentar agua, lavar y claro que mi papá por ese lado me consintió y nunca quiso que llorara.

Jamás vi a la borracha dormir con mi papá, pero era su cuero de él. Ella me lo dijo:

—No me conviene de ninguna manera que no nos dejes en paz. Es mi marido...

Le grité que no era su marido porque era mi papá. Y por allí comenzó a pelear conmigo. Como estaba borracha me gritó horrores de la vida, que no tenía él por qué tenerme miedo a mí, que de cuando acá andaban las hijas pastoreando a sus padres:

—Te pesará —me dijo.

Le contesté que no tenía por qué pesarme y que si le interesaba mucho que se fueran lejos ella y mi papá y que a mí me dejaran allí.

A las seis que regresó mi papá de la cantera no le contamos nada. Pero al día siguiente, la tomadora esa se fue a la cantina a gastarse lo del mandado con otros hombres. Cuando yo la atisé que venía por el camino me llené mi cotoncito de piedras y la acaparé a puros piedrazos:

—¡Vete! ¡Lárgate! No te quiero ver aquí.

En la noche le dije a mi papá que la había corrido porque estaba siempre allí botada de borracha.

—Está bueno, hija, tú no te apures.

Otra vez mi papá se quedó solo con sus hijos. Se levantaba a repartirnos el almuerzo y se iba a trabajar. Aunque ya estaba acostumbrado a que la fulanita viniera a hacerle el

quehacer, ahora él mismo tenía que moler en el metate para darnos de comer porque nosotros estábamos chiquitos. Mi hermano Emiliano me llevaría dos años, pero nos dejaba amarrados a los dos, para que no fuéramos a salir, escluincles de porra, porque yo era figurosa en eso de las maldades. Mi papá echaba unos trozos grandes de leña en la lumbre y allí hervía la olla muy calmada, zumbe y zumbe, calculando que a las doce, a la hora que él viniera, todavía tendría agua la carne o los frijoles o lo que había puesto de comer. Dejaba también la masa molida y nos hacía las tortillas gordas, porque era hombre y no sabía tortear.

Mi papá era peón de ferrocarril en el terraplén de la vía. Trabajó dinamitando los cerros para abrir la brecha por donde iba a pasar el tren al Istmo de Tehuantepec. Todos los días, mi papá se levantaba con la misma canción; volver a cocinar para darnos de comer. Claro que él sufría porque necesitaba a una mujer que lo atendiera con sus hijos.

Me avisó un día muy apurado:

—Mira, hija, es forzoso traer una mujer que te cuide, que te espulgue y que te bañe porque tengo que ir a trabajar.

Mi papá batalló mucho conmigo por ese lado, porque yo decía: «Mi papá tiene la obligación de peinarme, de bañarme, de darme de comer... Tiene la obligación de estar-se aquí atendiéndome...», porque así son los niños, muy exigentes.

Cuando me avisó que una mujer vería por nosotros, le dije:

—Yo no sé, pero a mí no me vengas a engañar que la tienes de criada y luego me sales con que no es tu criada. Así es que dímelo por lo claro, y allí averíguatelas tú.

Se encontró a otra con un muchachito. Según entiendo, porque yo era muy adelantada, esta vieja tenía el cuidado de apartarle la comida a mi papá y yo veía que se raspaba las uñas grandes de los pies, que juntaba un montoncito de ese polvito y se lo regaba al traste de mi papá porque quería volverlo loco. Así me lo afiguro. Me voy a ir al infierno pero decía yo: «Bueno, pues ¿qué cosa? ¿Por qué a él le echa los polvos y a nosotros no?». Mientras ella iba a agarrar agua, yo cambiaba el traste de comida. Siempre andaba detrás de mi papá cuidándolo. «Eso es por algo. Algo malo ha de ser. Si es cosa buena ¿por qué no la hace ella toda en la misma olla?». Y la comida que me servía a mí se la daba a mi papá y tiraba la de los polvitos. Yo tenía la ventaja de que maliciaba las cosas. Con ésa sí dormía él en la hamaca. Cuando ya me explicó que la quería para su mujer, ¡qué más me daba! Pero aquella que era dizque una criada, eso sí que no, no me la corran larga porque no me dejo.

La de las uñas, la que tenía un niño, tampoco era buena con nosotros. Nos agarró inquina. Yo la oía que siempre tenía discusiones con mi papá. Él le decía a ella:

—Cuidala, péinala como si fuera tu hija, pues tú serás la que tendrás que tener mejores ganancias de ella que yo.

—Ta bueno.

Pero ni mi nombre supo. Y fue canción de muchos días hasta que me aburrí y me agarré con ella, porque ya estaba más grandecita y salí muy perra, muy maldita. Ninguno de mi casa fue como yo de peleonero. El caso es que ella duró unos siete u ocho meses, cuando mucho un año. Después mi papá dejó la cantera, porque él solo no se podía establecer en un trabajo y a las doce del día salirles con que: «Al rato regreso...», para venirnos a dar de comer... Quería un trabajo donde lo consecuentaran y como no lo encontró, jalamos todos para Salina Cruz.